

CORREO DE MADRID

DEL MIERCOLES 15 DE ABRIL DE 1789.

Carta 41. del mismo al mismo.

Nosotros nos vestimos como se vestían dos mil años ha nuestros predecesores: los muebles de las casas son de la misma antigüedad de los vestidos. La misma fecha tienen nuestras mesas, trages de criados, y todo lo restante, por todo lo qual sería imposible explicarte el sentido de esta voz *luxe*. Pero en Europa, donde los vestidos se arriman antes de ser viejos, y donde los artesanos mas viles de la republica son los legisladores mas respetados; esta voz es muy comun; y para que no leas varias hojas de papel sin entender el asunto de que se trata; haz cuenta que *luxe* es la abundancia y variedad de las cosas superfluas á la vida.

Los autores Europeos estan divididos sobre si conviene ó no, esta variedad ó abundancia. Ambos partidos traen especiosos argumentos en su apoyo. Los pueblos que por su genio inventivo, industria, mecanica, y sobra de habitantes han influido en las costumbres de sus vecinos, no solo lo aprueban, sino que les predicen el *luxe*, y los empobrecen, persuadiendoles ser util lo que les dexa sin dinero. Las naciones que no tienen esta ventaja natural gitan contra la introduccion de quanto en lo exterior choca á su sencillez y trage, y en lo interior los hace pobres.

Cosa fuerte es que los hombres, tan amigos de distinciones y precisiones en unas materias, procedan tan de vulto en otras. Distingan de *luxe*, y quedarán de acuerdo. Fomente cada pueblo el *luxe* que resulta de su mismo pais, y á

ninguno será dañoso. No hay país que no tenga alguno ó algunos frutos capaces de adelantamiento y alteracion: de estas modificaciones nace la variedad: con esta se combida la vanidad: esta fomenta la industria, y de esto resulta el *luxe* ventajoso al pueblo, pues logra su verdadero objeto, que es el que el dinero físico de los ricos y poderosos no se estanque en sus cofres, sino que se derrame entre los artesanos y pobres.

Esta especie de *luxe* perjudicará al comercio grande ó sea general. Pero nótese que el tal comercio general del día consiste, mucho menos en los articulos necesarios, que en los superfluos. Por cada fanega de trigo, vara de paño ó de lienzo, que entra en España; quanto se vende de cadenas de relox, vueltas de encage, palilleros, abanicos, cintas, aguas de olor, y otras cosas de esta calidad. No siendo el genio español dado á estas fabricas, ni la poblacion de España suficiente para abastecerlas de obreros, es difícil que jamás compitan los Españoles con los extrangeros en este comercio; en este caso siempre será dañoso á España, pues la empobrece, y la esclaviza al capricho de la industria extrangerá, y esta hallando continuo pabulo en la extraccion de los metales de oro y plata (unica balanza de la introduccion de las modas) el efecto sería cada dia mas exquisito, y por consiguiente mas capaz de agotar el oro y plata que tengan los Españoles. En consecuencia de esto, estando el atractivo del *luxe* refinado y apurado, que engaña á los mismos que conocen que es perjudicial, y juntandose esto con aque-

llo, no tiene fin el daño. No quedan mas que dos medios para evitar que el lujo sea tan perjudicial á esta nacion; ó superar la industria extranjera, ó privarse de su consumo, inventando un lujo nacional, que igualmente lisonjeará el orgullo de los poderosos, y les obligará á hacer á los pobres partícipes de sus caudales.

El primer medio parece poco menos que imposible porque las ventajas que lleban las fabricas extranjeras á las españolas son tantas, que no cave que estas en mucho tiempo desvanquen á aquellas. Las que se establezcan en adelante, y el fomento de algunas de las ya establecidas cuestan á la corona grandes desembolsos. Estos no pueden resarcirse sino del producto de lo fabricado aqui, y esto siempre será á proporcion mas caro que lo fabricado afuera, con que lo de afuera siempre tendrá mas despacho, porque el comprador acude siempre á donde por el mismo dinero halla mas ventaja en la cantidad y calidad ú ambas. Si por algun accidente que no cave en la especulacion, pudiesen estas fabricas dar en el primer año el mismo genero, y por el precio mismo que las extranjeras, las de fuera, en vista del auge en que estan desde tantos años en fuerza de los caudales adquiridos, y visto el fondo ya hecho pueden muy bien malvaratar su venta, minorando en mucho los precios unos quantos años, y en este caso no hay resistencia de parte de las nuestras.

El segundo medio qual es la invencion de un lujo nacional, parecerá á muchos tan imposible, como el primero, porque hace mucho tiempo que reina la epidemia de la imitacion; y que los hombres se sujetan á pensar por el entendimiento de otros, y no cada uno por el suyo. Pero aun así retrocediendo dos siglos en la historia, veremos que se vuelve imitacion, lo que ahora parece invencion.

Siempre que para constituir el lujo

baste la profusion, novedad y delicadez, digo que ha habido dos siglos ha (y por consiguiente no es imposible que lo haya ahora) un lujo nacional, lo que me parece demostrable de este modo.

En los tiempos inmediatos á la conquista de America, no habia las fabricas extranjeras, en que se refunde hoy el producto de aquellas minas, porque el establecimiento de las dichas fabricas es muy moderno, respecto á aquella epoca, y no obstante esto habia lujo, pues habia profusion, abundancia y delicadez (respecto de que sino lo hubiera habido, entonces no se hubiera gastado sino lo preciso), luego hubo en aquel tiempo un lujo considerable puramente nacional, esto es demandado de los artículos que ofrece la naturaleza, sin pasar los Pirineos: porque pues, no lo puede haber hoy como lo hubo entonces? ¿Pero qual fué?

Indáguese en que consistia la magnificencia de aquellos ricos hombres. No se avenguencon los españoles de su antigüedad, que por cierto es venerable la de aquel siglo, dedíquense á hacerla revivir en lo bueno, y remediarán por un medio facil y loable la extraccion de tanto dinero como arrojan cada año, á cuya perdida añaden la nota de ser tenidos por unos meros administradores de las minas, que sus padres ganaron á costa de tanta sangre y trabajos.

¡Estraña suerte es la de la America! parece que está destinada á no producir jamás el menor beneficio á sus poseedores! antes de la llegada de los Europeos, sus habitantes comian carne humana, andaban desnudos, y los dueños de la mayor parte de la plata y oro del Orbe nos tenian la menor comodidad de la vida. Despues de su conquista, sus nuevos dueños los españoles, son los que menos aprovechan aquella abundancia.

Volviendo al lujo extranjero y nacional, este en la antigüedad que he dicho consistia, á mas de varios artículos, ya olvidados, en lo exquisito de

sus armas, abundancia y excelencia de sus caballos, magnificencia de sus casas, banquetes de increíble número de platos para cada comida, fabricas de Segovia y Córdoba, servicio personal voluntario al Soberano, bibliotecas particulares, &c. todo lo qual era producto de España, y se fabricaba por manos españolas. Vuélvase á fomentar estas especies, y consiguiéndose el fin político del luxo (que como está ya dicho es el refluxo de los caudales excesivos de los ricos á los pobres) se verán en breves años multiplicarse la población, salir de la miseria los necesitados cultivarse los campos, adornarse las ciudades, ejercitarse la juventud, y tomar el estado su antiguo vigor: este es el quadro del antiguo luxo; cómo retrataremos el moderno? copiemos los objetos que se nos ofrecen á la vista, sin lisonjearlos, ni ofenderlos. El poderoso de este siglo (hablo del acaudalado, cuyo dinero físico es el objeto del luxo) en que gasta sus rentas? disipante de dos ayudas de cámara primorosamente peinados y vestidos: toma café de moca exquisito, en taza traída de la China por Londres: pónese una camisa finísima, de Holanda, luego una bata de mucho gusto, regida en Leon de Francia: lee un libro enquadernado en París: viste á la dirección de un sastre y peluquero frances: sale con un coche que se ha pintado donde el libro se enquadernó: va á comer en baxilla labrada en París ó Londres, las viandas calientes, y en platos de Saxonía, ó china las frutas y dulces: paga á un maestro de musica, y otro de baile, ambos extrangeros; asiste á una opera italiana, bien ó mal representada, ó á una tragedia francesa, bien ó mal traducida. Y al tiempo de acostarse puede decir esta oración: doi gracias al cielo de que todas mis operaciones de hoy han sido dirigidas á echar fuera de mi patria quanto oro y plata ha estado en mi poder.

Hasta aquí he hablado con relacion á la política, pues considerando solo las cos-

tumbres, esto es hablando no como estadista, sino como filósofo: todo luxo es por lo comun dañoso, porque multiplica las necesidades de la vida; emplea el entendimiento humano en cosas frivolas, y dorandó los vicios, hace despreciable la virtud, siendo esta la única que produce los verdaderos bienes y gustos.

Belisario, uno de los mejores capitanes que alaba la historia, despues de haber vencido á los Persas, sojuzgó la Africa y la Italia, y fué desposeido de todos los honores y dignidades por haber manifestado desagrado á su muger.

Quasi todas las naciones cayeron baxo del poder de los Romanos: la Europa, Africa y Asia fueron sometidas á su poder: pero luego que cesaron de conquistar no pensaron sino en conservar lo adquirido. Los barbaros del norte, no hallando en sus esteriles climas con que subsistir, pasaron en tropas á la tierra de los Romanos, y despues de haber hecho espantosos extragos en ella, se hicieron dueños de las mejores provincias, en donde establecieron sus Reynos. Quando Justiniano subió sobre el Trono de los Emperadores, el Romano Imperio no tenía conservado sino unos débiles restos de su grandeza. Los Ostrogodos eran dueños de la Italia, los Visogodos poseian la España, los Vandalos se establecieron en Africa, y los Galos estaban baxo de la dominacion de los Francos.

Justiniano concibió el basto proyecto de atacar á todos estos barbaros, y restablecer el Imperio Romano en su antiguo esplendor. Conociendo que Belisario poseia superiormente todos los talentos militares, le puso á la cabeza de sus tropas, y viendose ayudado por un brazo tan poderoso se determinó á poner en execucion sus proyectos.

Los Persas, oprimidos del terrible brazo de Belisario, se ven obligados á pedir la paz. La Africa á la vista de este heroe se sometió; y la Italia no pudien-

do resistirle, se rindieron bajo de la dominacion Romana. Vuelve Belisario á Constantinopla para recibir en ella el tributo honroso, debido á sus victorias. Todos los ojos le admiran, y todas las bocas le alaban. Este grande hombre, tan digno de respeto y de veneracion, era el marido de una prostituida, que se entregó á los mayores excesos. Antonina era la muger de todos los jovenes de Constantinopla, y de prostitucion en prostitucion, llegó al punto de engañar aun aquellos que no tenían apariencia de conseguirla. Belisario, unicamente ocupado de su gloria, no se dedicó á poner atencion á los desarreglos de su muger. Pero habiendo sabido que su familiaridad con los hombres era el motivo de la burla de los oficiales, se irritó contra ella, la dió las mas severas repreciones, y la amenazó quitarla la vida, si salia de su quarto.

Antonina dió parte de su desgracia á la Emperatriz Teodora, y la pidió emplease su autoridad en su consuelo. Teodora, muger de Justiniano, estaba aun mas entregada á los excesos, que Antonina, pues antes de casarse con el Emperador vivia de su prostitucion. Aunque despues de su matrimonio con Justiniano tuvo mas precaucion en su conducta; siendo la muger de Belisario la unica confidenta que tenia en sus placeres. Teodora, interesandose en el disgusto de Antonina, la llamó y guardó consigo, hasta que hallase pretexto de afligir á Belisario á tanto extremo, que necesitase la proteccion de su muger.

Los deseos de la malvada y artificiosa Teodora no tardaron en verse satisfechos. Levantóse una especie de revolucion entre los soldados, y Belisario por orden de la Emperatriz fue acusado, aunque estaba inocente de ser el autor. Justiniano, excitado por los consejos de su muger, confiscó los bienes á Belisario, le depuso de sus dignidades, y le quitó su guardia. Todos antes de su desgracia tenían á honor el estar con él; pero despues no se dignaban hablarle,

compadecerse, ni tomar su nombre en la boca; quando no ha sido raro hallar verdaderos amigos entre los grandes! El pueblo mas sensible veía con sentimiento el conquistador de la Africa, y la Italia, solo, triste, abatido, sin bienes, sin honores, y distante del trono, que habia sido su mayor ornamento.

Teodora veía su dolor con alegria y se lisonjeara, que obtendria su restablecimiento á la solicitacion de Antonina, y que se veria obligado á perdonarla todos los ultrages que habia recibido. Pero teniendo noticia que enteramente se entregaba á su pesar, le escribió una carta concebida poco mas ó menos, en estos terminos.

„Me habeis ofendido Belisario: pero Antonina me suplica que os perdone, la tengo mucha obligacion para negarse, y así os concedo la vida y vuestros bienes. Pensad en ser reconocido á vuestra muger, pues á ella solo sois deudor.“ Luego que leyó esta carta fue á buscar á su muger, la abrazó, la dió gracias del servicio que le habia hecho, y la prometió tratarla en lo sucesivo con la mayor atencion, y cariño posible.

Cabades, Rey de los Persas, á de los Parthos sube al trono, porque la Reyna su muger se entrega á un soldado.

Cabades, Rey de los Persas era gran guerrero, pero mal Principe. Trataba sus vasallos con la mayor crueldad, robaba las mugeres que le agradaban, y quitaba la vida á los maridos que se atrevian á quejarse. La muger de este desarreglado Principe, era de tanta hermosura, que complacia á todos los que la miraban.

Un joven, soldado de la guardia del Rey, habiendola visto pasar un dia se llenó de admiracion, y dixo, que aquel que poseía tan perfecta muger habia llegado al colmo de la felicidad. La Reyna lo oyó; y como el amor y los elogios adulan siempre á las da-

mas, conociendo el sugeto que lo pronunció, le miró dándole con su vista alguna satisfacción. El amor se enciende con facilidad en el corazón de un hombre que cree hallar una mujer sensible. Al soldado le pareció haber conocido alguna ternura en la mirada de la Reyna, y se imaginó que la ocasión sólo le faltaba para conseguir su felicidad, y se esperanzó en lograrla; pero la Reyna estaba tan custodiada que su solicitud fue inútil. Llevaba en su corazón la imagen de esta bella Princesa, y la persuasión en que estaba de no serla indiferente daba fomento á su amor. Conociendo en fin la imposibilidad de lograr su deseo le era su vida gravosa, y así buscó proporciones de perderla. Quando estaba en la guerra se exponía á los mayores peligros; pero su desesperación, dando aumento á su valor, le sacaba siempre triunfante, viniendo á todos aquellos que se le presentaban, y su exemplo excitando á sus compañeros conseguían muchas veces la victoria inclinada á declararse á favor de los Persas. Cabades, instruido por los oficiales del merito y valor de este soldado, le recompensó muchas veces, y le hizo subir á un grado superior, y al fin de algun tiempo le confió el mando de una fortaleza.

Ocupaba este puesto, quando los Persas, impacientes de las crueldades de Cabades su Rey, le desposeyeron de la corona, y le condenaron á pasar el resto de sus días en una fortaleza, y fue conducido á la que mandaba aquel valeroso soldado. No habia un mes que el Rey estaba en ella, quando la Reyna se presentó solicitando ver á su marido; pero como era expresamente prohibido á los soldados que guardaban la torre, dexar pasar á ninguna persona sin permiso del Gobernador, se lo impidieron; insistió, rogó y lloró; pero en lugar de compadecer á los soldados, no les dió sino materia de regocijo y burla. Esperando hallar en el Gobernador mas política y complacencia, se fue á bus-

carle. Que sorpresa y que alegría le causó ver una muger, de quien habia mucho tiempo estaba apasionado, venirle á pedir una gracia! Ella le habla de su desgracia, el la habló de su amor, y ambos se concedieron lo que se pedían. La Reyna entró en la torre, y volvió á ella muchas veces despues, y conociendo que los soldados, acostumbrados á verla pasar con frecuencia, ponian poca ó ninguna atención, se valió de esto para dar sus vestidos á Cabades, que pasase por enmedio de la guardia sin ser conocido, y fuese á valerse de los Hunos, los que vinieron con un poderoso ejército, precisaron á los Persas á volver á la obediencia y poner á Cabades en el trono, viviendo en su posesion pacíficamente el espacio de treinta años.

La severidad de una Emperatriz con su hija, fue la causa del saqueo de Attila en las Galias, y en la Italia, como tambien la fundacion de la Ciudad de Venecia.

Placida, hija de Honorio, y madre de Valentiniano III. Emperador de Occidente, era una muger inclinada al amor; pero no ignorando quanto la fama se complacia en publicar las faltas de los Grandes, tubo siempre cuidado de ocultar sus defectos á la vista del pueblo, y no parecer en público sino con un ayre de modestia, que engañaba á todo el mundo.

Su inclinacion la daba á conocer la que podia dominar á Honorio su hijo: los momentos que suspendia á sus placeres, los empleaba en vigilar la conducta de la joven Princesa. Examinaba todas sus acciones, escuchaba sus discursos, y ponía atención hasta en sus casuales gestos: su cuidado llegaba hasta estorvar á su hija que mirase á los hombres. Esta imprudente severidad puso á la joven Honorio en un terror continuo; el temor la puso en precision de engañar, y así se acostumbró á la impostura. En fin, en lugar de encontrar en su madre, una amiga que por

su dulzura la acostumbrase á tomar, y seguir sus consejos; no halló sino una rigida censora, pronta siempre á reprenderla y castigarla. La joven Princesa, dominada de las mas violentas pasiones, no pudo mucho tiempo vivir en la estrechez en que Placida la tenia. Buscó los medios de sacudir en yugo tan insoportable, escribiendo á Atila, Rey de los Hunos, una carta, en la que le ofrecia su mano, y por prenda de su ofrecimiento un anillo. Atila, que no deseaba sino un pretexto para saquear el occidente, se aprovechó del que le daba Honorio, escribiendo al Emperador Valentiniano III. que Honorio era su muger, y así queria que se la enviase y le diese la mitad del Imperio para su dote.

Valentiniano, habiendoselo negado á Atila, se puso á la cabeza de un exercito formidable, entró en las Galias y lo llevó todo á sangre y fuego. El celebre Asio salio contra él, le derrotó y le obligó á retirarse de la tierra del Imperio; pero esta desecha no hizo sino irritar á Atila que unió todas sus fuerzas, entró en la Italia, tomó á Aquileya, pasó á cuchillo á los habitantes, y los enterró baxo de sus ruinas; Milan, Padua, Verona, Mantua &c. y todo lo que encontró al paso fue la víctima de su barbarie.

Los pueblos de los alrededores se retiraron á la punta del golfo Adriático, y construyeron en él casas pazizas, y su exemplo atrajo otros muchos, y este fue el principio de la ciudad de Venecia.

Atila continuó su expedicion y sus saqueos, y en fin aceptó un tributo anual que le ofreció Valentiniano III. y pasó á la Sestia, donde murió.

Carta. Muy señor mio y mi venerado Juéno;

*Aunque apariencia y substancia
no son unisonas cuerdas;
en la guitarra del mundo,*

lo que suena es lo que suena.

¡Valgame Dios! ¡Que genio el mio tan titiritero y bullicioso! Imposible me es callar; aunque mi abuela con toda su seriedad me lo mandase! Apenas veo en qualquiera periódico punto descosido, ó media respunteada que no le envoque mi zurcido! Sastre remendon ó ropa vaxero erudito pueden llamarme á boca llena, porque no hay retallito que no aproveche. Si á proporción de mi humor me ayudáran la salud y el tiempo, juro á bríos que no hubiera trapo roñoso literato, ni papel de especia impreso, que no le echara el gancho; pero como mi exercicio (de á pie y pieras) harlo laborioso, y la delicadez de mi afeligranada figura no me lo permiten, tories quoties quiero, tragome pensamientos rebozados en paciencia, como huebos rebueltos con tomates. Esto supuesto vamos al intento, que nada de lo dicho viene á cuento.

En el Correo num. 230. (de 4 de Febrero por mas señas) texe Vm. una carta de cierto correspondal suyo, que firmandose el *Agradecido*, puede (si lo es en obras como en nombre) vanagloriarse de lo que no harán muchos conocidos míos. Reduce este señor su contenido á que, habiendo encontrado en cierto camino á un *tío Julian* proveedor de licores digestivos, con ocho butros lindamente adjetivados, le vino á la cabeza, ó le dió el tufo en la mollera de que su profusion era *luzo*, y por satisfacerse tomó razon, pelos y señales del mismo interesado, quien con mas cortesía que la que en su oficio se usa, y con mas verdad que la que se estila, le contó cé por cé, como cansado de ser pobre, se habia metido á rico, y con dinero prestado habia adquirido caudal suficiente para pagar, comer, vivir y pasar con credito entre los mejores comerciantes de mosto, y abastecer las botillerías de volcar sesos mas nombradas en la Corte.

Con este motivo pregunta este caballero. ¿Si fue *luzo* peraminoso, abomin-

ble, vano, ridículo y soberbio el de tal horri-
quero, pues gastaba el dinero en super-
fluidades? También pregunta (y aun su-
pone) ¿Si podría valerse de dinero pres-
tado y ageno sin seguridad de poder pa-
garlo? A esta parte cierto elopido, por-
que (como dixo el otro) no hice mi
suyo para el mes de Mayo, y clave que
no he de tocar, y para que se he de tem-
plar á mis amados y doctos Licenciados, los
señores Don Carca, Don Ggertera y Don
Etcetera, (que son mejores tres que Ara-
ñilla, Concha y Cortés, y á quienes ha-
go mis debidas genuflexiones) resolverán
con su acostumbrada energía lo que toca
y tañe á sus reverendísimas personas.

A la primera propuesta (que es la que
á mi cargo tomo) digo, según ya me
entiendo, y como acá me lo enseñó mi
abuela, que la profusion del tío Julian
el Chinchonero, su artificio, pompa, cas-
cabeles, cencerros, cintas, moños, fle-
cos, borlas, rapacejos, escofietas, eri-
zones y demas peregriles de su famosa
reque, nada tiene de luxo, porque si este
es gasto superfluo, no fue superfluo
en el tío Julian el Chinchonero, siendo
pobre, gastar (para hacerse rico) en di-
chos cascabeles, cencerros, cintas, mo-
ños, flecos, borlas, rapacejos, escofie-
tas y erizones de sus mulos, respecto
á que todo este aparato aseguraba su
bucolica. Ni tampoco consta que el tío
Julian el Chinchonero usase, por obsten-
tacion, tales arbitrios no pudiendo, pues
siendo por necesidad forzosa, y no por
vanidad soñada, se sigue que pudo usar
de traza, con que pudiese hacer, lo
que antes no podía. Con que sacamos
en limpio, que los cascabeles, cencer-
ros, cintas, moños, flecos, borlas, ra-
pacejos, escofietas y erizones, que en
otros pollinos fueran luxo, en nuestro
tío Julian el Chinchonero fue industria,
y esta no es compatible con el señor
Don Luxo; según yo le concibo, y Don
Etcetera le pare. Mas clarito:

Industria es evidente,

hacerse caballero un pretendiente,
y en tertulias, en fondas y en es-
trados,

Industria, para coger mayores grado-
de *Industria* es conocida, alior en el
en la novita que anhela su salida,
el tren, que fuera luxo en la casada;
pues esta escupe lo que á la otra
agrada.

Industria en el día,

La pompa de una gran botillería,
pues en su adorno funda el botillero
acopio mas seguro de dinero.

Industria es imáginio,
la del que tiene coches de camino,
hacer que sobresalgan sus colleras,
pues gana triplicado en las carreteras.

Industria es, y no tosca,
de un mercader que anhela por la
mosca,

hacer un gabinete de su tienda,
y que se cuele en el quien no lo en-
tienda.

Industria es, y no escasa;
con cristales cubrir toda su casa
un librero, que pobre antes vivía,
pues llama la atención la simetría.

Industria es de ordinario,
la del sagaz y astuto boticario,
que haciendo un oratorio su oficina,
las gentes para, y su talego empuña.

Industria es de un letrado,
una gran Biblioteca en el estrado,
que pisme de repente al litigante,
y en horizontes de su ciencia lo le-
vante.

Industria es de un modista,
de sus chismes poner á letra vista
una muestra de fina miniatura,
pues ella sus ventajas asegura.

Industria es de escritores,
dar á sus obras títulos mayores,
y ventajosa mas á su bolsillo
darlas por subscripcion y al varatillo.

Industria es peregrina,
el andar un doctor en su berlina,
pues logrando en su fausto doble
fama,

trabaja menos y mas propinas mama.
Industria es finalmente,
la del tío Julian y demas gente,
que de su astucia su fortuna espera,
sin que luxo se llame esta quimera.
Vea Vm. amigo mio, y vea el señor

Agradecido: esta sarta de disparates puestos en solfa, y perdonando el mal rato, manden á su afecto: *Don Lucas Alman*.

O D A.

Quando la clara aurora
Disipando celages,
Sus puros resplandores,
Sus luces celestiales,
A desparcir comienza,
Hombres, fieras y aves
En distintos estilos
La saludan y aplauden.
Salen á recibirla
Zagalas y zagales
Conduciendo sus hatos
A los prados y valles.
En todos gozo inspira
Su luz pura y afable,
Solo al triste *Delino*
Nuevo pesar le añade.
Mas ¡ay! que el triste llora
Desdenes y crueldades
De *Adela*, y no es extraño
Que hasta la luz le canse.

Delino. J. V.

E N D E C H A .

Pastores amigos
De mi mal testigos,
Prados deliciosos,
Riscos empinados,
Puros arroyuelos,
Pájaros pintados,
Animosas fieras,
Corderos dichosos,
Mas que ingratos cielos,
Mostraos apiadados
De unos desgraciados
Miseros desvelos.
No me consoleis
Que es consuelo en vano;
Mas, si falsabeis,
La causa decidme
De un rigor insano.
¿Por qué *Adela* ingrata,
Adela divina,

Contra mí se indigna,
Con rigor me trata?
¿Gusta de oprimirme,
Se goza en matarme?
¿Desdenes emplea
Sin cuento en herirme?
¡Ay! con despreciarme
No ya se contenta,
Sino por que sea:
Mi pena mas dura
A *Lais* favorece.
Ni quejas la obligan,
Ni la ablandan llantos,
Ni un tanto mitigan
Sus desdenes fieros.
Lagrimas continas,
Expresiones finas
No encuentran abrigo
En el mi enemigo,
Suyo ingrato pecho,
Me mira desecho
En llanto copioso
Tendido en la yerba;
Pero es mas dichoso,
De *Lais* fermentido
El amor fingido
Que mi pena acérva.
¿No me respondéis?
Mas ya os oigo á todos
Que os enternecéis,
Y de varios modos
Mudos me decís.
Misero pastor
Tu cariño fino
Es el que contino
Causa tu dolor.
Porque si su estrella
A tu *Adela* bella
No inclina hácia tí;
Si por mas que siga
Ya tu frenesí,
No la inclina amor;
Nada hay que consiga
Tu amante terneza;
Que á quien no ha abrasado
Amor, ni le liga
El llanto y fineza,
Y ardor continuado
Mas le desobliga.

Delino. J. V.